

Alberto Conejero

La piedra oscura



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA

La piedra oscura

Alberto Conejero López

Jaén, 1978

Licenciado en Dirección de Escena y Dramaturgia por la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid y doctor por la Universidad Complutense de Madrid. Desde 2008 es profesor titular de Escritura Dramática en la Escuela Superior de Arte Dramático de Castilla y León. Ha completado su formación como dramaturgo en cursos y seminarios con Juan Mayorga, José Luis Alonso de Santos, Marco Antonio de la Parra y Alejandro Tantanian, entre otros.

Ha publicado y/o estrenado más de una decena de textos dramáticos, entre los que cabe destacar: *Cliff (acantilado)*: texto ganador del IV Certamen LAM 2010, publicado por la Fundación Autor en 2011 y estrenado en Buenos Aires en 2012 con dirección de Alejandro Tantanian; *Húngaros*: texto seleccionado para el XI Festival de Dramaturgia Europea Contemporánea de Chile 2011, Premio Nacional de Teatro Universitario 2000 y publicado en la revista *Primer Acto*; *Oriente*, publicado en la revista *La ratonera* y estrenado bajo el título *Desdémona* en 2009; *Fiebre*: Accésit Premio Nacional de Teatro Breve 1999, publicado por la editorial Edisena; *El lanzador de cuchillos* y *Gabriel*: textos publicados por la editorial Fundamentos en los años 1999 y 2000 respectivamente. Ha escrito los libretos de los espectáculos musicales: *Sicalipsis now!*. espectáculo estrenado en España, Uruguay, Argentina, Santo Domingo y Paraguay, *Versa est* estrenado en la Catedral de Ávila en 2011 y *La chica del XVII o el corral de los cuplés*, estrenado el Corral de Comedias de Alcalá de Henares en 2011.

Ha sido también responsable de diversas traducciones y dramaturgias: *Carcoma*, a partir del *Gorgojo* de Plauto, estrenada en la Sala Imperdible de Sevilla en el año 2000; *Macbeth* y *La Tempestad* de William Shakespeare para la compañía Teatro De Fondo (gira nacional años 2009 y 2010 respectivamente); *Retablo de peregrinos*, a partir de textos de Federico García Lorca, Valle-Inclán y Jacinto Alonso Maluenda para *Las huellas de la Barraca 2010*, con presencia en los festivales de teatro clásico más prestigiosos como Olmedo y Olite; la versión escénica de *El premio del bien hablar* de Lope de Vega en 2011 para Valquiria Teatro; *La barca del infierno* de Gil Vicente para TeatroDan y *Frankenstein* en el Teatro Arenal para Teatro Tamir, ambos en 2012.

Ha impartido conferencias e impartido docencia sobre dramaturgia europea contemporánea y teatro clásico en España, Hungría, Grecia, Chile, Argentina y Uruguay

Es autor también de obra para público juvenil: *El libro loco del Quijote* y *El beso de Aquiles*, publicadas por la Editorial SM en 2005 y 2006 respectivamente.

Asimismo, y paralelamente a su labor como autor teatral, ha publicado numerosos estudios sobre oralidad y *performance*, con especial atención a los cancioneros urbanos de principios del siglo XX, entre los que cabe destacar la monografía *Carmina Urbana Orientalium Graecorum Poéticas de la identidad en la canción urbana greco-oriental* (CSIC, 2008).

Alberto Conejero

La piedra oscura



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA

© Alberto Conejero López

© *De la presente edición:*

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:

Vicente A. Serrano / Esperanza Santos

Imágenes de cubierta:

Rafael Rodríguez Rapún en la calle de Alcalá,
Madrid, años 30.

Postales enviadas desde el frente.

[Archivo familiar]

NIPO: 035-12-033-X

Desde su creación, el Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música (INAEM) ha considerado que la escritura dramática actual debía ser uno de sus puntos de atención. Así, se ha mantenido durante estas décadas el apoyo a la Muestra de Teatro Español de Autores Contemporáneos de la Alicante y la concesión del Premio Calderón para autores noveles, que ha puesto en valor a dos nuevas generaciones de autores españoles. Además, este objetivo se ha intensificado con la programación y actividades del Centro Dramático Nacional, muy centrado en su última etapa en las escrituras más recientes, y con el planteamiento de estrategias de ayudas para la promoción de obras de autor español vivo.

La última de estas iniciativas es el Programa de Dramaturgias Actuales, que impulsa el desarrollo de lenguajes escénicos innovadores con absoluta libertad temática, estilística y estructural, y que significa una clara voluntad de apoyo a los nuevos creadores.

A pesar de las dificultades que el sector de la Cultura está viviendo a causa de la actual coyuntura económica, España vive un momento de gran calidad creadora en sus artes. Desde el INAEM se ha planteado esta nueva propuesta que, en este momento, cobra mayor sentido como signo de apoyo al futuro de nuestro Teatro.

En esta primera edición los autores seleccionados han sido: Alberto Conejero López, Jordi Faura Hervás, Jerónimo Sebastián García Cornelles, José Manuel Mora Ortiz, Antonio Rojano Mora y María Velasco González.

Esperamos que esta iniciativa sea un instrumento útil para el crecimiento de la excelente nueva dramaturgia española.

Miguel Ángel Recio Crespo
Director General del INAEM

Porque muchos millones de personas le han ignorado, porque muchos millones le ignorarán, yo quiero dejar constancia aquí de su hombría, de Rafael Rodríguez Rapún, estudiante de ingeniero de minas, secretario del teatro universitario de la Barraca y bueno, buen amigo mío, corazón grande y sonrisa cariñosa, perennemente abierta a todos los puntos de la rosa.

Luis Sáenz de la Calzada

Yo te reconquisté de toda tierra y celestial altura,
porque me es cuna el bosque y el bosque - sepultura,
porque en la tierra estoy con un pie sólo, uno,
porque voy a cantarte como no canto a ninguno.

Marina Tsvetáyeva

NOTA DEL AUTOR

Esta obra está inspirada libremente en la figura de Rafael Rodríguez Rapún, estudiante de minas, secretario del teatro universitario La Barraca y compañero de Federico García Lorca en los últimos años de sus vidas. Rapún murió un 18 de agosto de 1937 —justo un año después que Federico— en el Hospital Militar de Santander. Le habían herido unos días antes en el transcurso de un ataque aéreo cerca de Bárcena de Pie de Concha. Por lo tanto, el encuentro del que se ocupa mi obra es ficción. Sin embargo, el resto de informaciones, datos, nombres, sucesos, etc. son el resultado de la investigación que desarrollé durante los últimos años.

Durante todo este proceso, he tenido el privilegio de contar con la generosa ayuda de la familia de Rafael: en primer lugar, Tomás, hermano de Rapún, quien en la primavera y el verano de Madrid de 2012 y a sus 95 años,

compartió conmigo horas de recuerdos y las reliquias de aquella relación. A su generosidad, alegría y al alto vuelo de su espíritu está dedicada esta obra. Quiero dar también las gracias a Margarita, hija de Tomás, quien en todo momento me permitió acceder a los archivos familiares: fotografías, cartas, postales, etc. que nutren este texto desde la primera –por ejemplo, la postal que Rafael envía a su familia desde el frente– hasta la última escena. A Toña, que convivió durante décadas con María (la hermana mayor de Rafael) por la asombrosa memoria a sus 83 años y por regalarme recuerdos valiosísimos.

Quisiera dar las gracias también a Ian Gibson por su ayuda y por el estímulo que generaron cada una de nuestras conversaciones y por último a Alfonso –hijo de Paulino García-Toraño, compañero de trincheras de Rafael por compartir conmigo los recuerdos de su padre.

En Madrid, 22 de junio de 2012
(en el centenario preciso del nacimiento de Rafael Rodríguez Rapún: 22 de junio de 1912 - 18 de agosto de 1937)

La piedra oscura

PERSONAJES

RAFAEL, no llega a los treinta años, teniente de artillería
SEBASTIÁN, cerca de los veinte, soldado

El espacio: Habitación de un hospital militar de campaña
en el norte. Cerca el mar.

El signo (/) indica que el texto se interrumpe por la
siguiente frase.

I

El poeta pide a su amor que le escriba

Amor de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso con la flor que se marchita
que si vivo sin mí quiero perderte.

Soneto de la carta

La habitación de una pensión. RAFAEL termina de vestirse. Sobre la mesa fajos de papeles, algunos manuales. Se sienta. Escribe en una tarjeta postal.

RAFAEL.- Queridos padres y hermanos: he recibido vuestra carta con el natural contento que os podéis suponer después de tanto tiempo sin saber de vosotros y haber leído, además, en la prensa, que habían caído obuses por la calle donde vivimos. Decidle a Tomás que me escriba y me cuente lo que hace. Estoy en Oviedo donde he llegado para integrarme al frente del Norte, al que he sido destinado. Ya me figuro que la noticia no os agrada mucho. A mí tampoco porque en Madrid me encontraba muy bien. De todas formas no hay más remedio que ir donde le mandan a uno. Un abrazo de Rafael. En Oviedo, a doce de junio de 1937. Rafael Rodríguez Rapún. Teniente de la 9ª Batería Ligera.

Una llamada afuera. Recoge apresurado los papeles. Cae una cuartilla al suelo. La toma y lee:

“Yo también lo he pasado mal, muy mal. No estoy bien ni soy feliz. Tus padres me han dicho que no saben dónde estás, que te fuiste después de los exámenes. No he querido insistirles. Por eso le he entregado a Jacinto esta carta para que te la dé cuando regreses. Seguro que los exámenes fueron bien. Yo sé mejor que nadie lo que encierra esa cabeza. Imagino que te habrás marchado para descansar. También de mí. He esperado en vano que me escribieses unas líneas. ¿Por qué me castigas así? Es mucho dolor por una sola idea. Aquí las cosas van de mal en peor. Lo de Calvo Sotelo, ¡qué barbaridad! ¿Cómo pueden hacer esto? ¿Qué va a pasar? Estoy espantado, Rafaelillo, y quisiera que estuvieras aquí para tranquilizarme. Pero ya no puedo esperarte más en Madrid. No me sirven los amigos de aquí. Me voy a Granada y que sea lo que Dios quiera. Por favor, guarda como te pedí mis cosas. Si me pasara algo, haz lo que tú consideres. Y quema, por favor, nuestras cartas o escóndelas donde sólo tú puedas encontrarlas. Ahora todo lo miran. De mis papeles guarda *El público* y *La piedra oscura*, que no sé si dejé copia mecanografiada en algún lado. Llama, Rafael, llámame en cuanto puedas y llena de palabras mi locura. Yo debo ser prudente. Tienes aquí apuntado mi número en Granada. ¿Por qué no bajas unos días? Ya nos hemos perdonado estas cosas. Ya nos hemos perdonado. Yo te he perdonado todas las Elenas y todas las gitanas y todas las noches en las que te he esperado sin aliento.

Pero, por favor, regresa. Aquí tienes dos líneas en otra cuartilla, es otro de los sonetos. Ya sabes que son tuyos. Tienes que venir por donde sea. Recuerda lo hermosa que está la Huerta en verano. Tengo una enorme gana de verte, un deseo de hablar contigo, de pelear contigo. Apiádate de mí. Rompe esta carta ahora. No me despido de ti porque nos veremos pronto. Federico.”

Rompe la carta y sale corriendo. Oscuro.

II
Ciudad sin sueño

No hay siglo nuevo ni luz reciente.
Sólo un caballo azul y una madrugada.
“Nocturno del hueco”, *Poeta en Nueva York*

SEBASTIÁN *solo. Llega el sonido del mar. Juega con el rifle.
Todo este monólogo con alegría.*

SEBASTIÁN.— Aparecieron de repente, como una bandada, por encima de los árboles, justo detrás del bosque. Uno, dos, tres, cuatro —no me dio tiempo a contarlos— los aviones. Como una bandada. Mi madre lloraba. “¿Por qué, madre? Vienen a ayudarnos. Vienen a traernos la paz. Abre las puertas, las ventanas. En un día feliz. Tienes que sonreír. Salgamos a la calle a recibirlos. Que sepan que estamos de su lado.”. Nos reunimos en la plaza del pueblo. ¡Levantad el brazo, saludad a los italianos, que han venido a este rincón del mundo para liberarnos, levantadlo!”. Entonces los de la orquesta empezamos a tocar. Una marcha, creo, para recibirlos. Oímos los motores. Alzamos los brazos al paso de los aviones, llorando de alegría.

Y entonces, por encima de los vítores, sonó el primer disparo y luego el estruendo de la primera bomba. Y echamos a correr. En todas direcciones, sin saber adónde. Mi madre me gritó. No entendí lo que dijo. “No te pares”, quizá, no lo recuerdo. ¿Adónde ir? La iglesia estaba ardiendo. ¿Adónde ir? A las afueras no, decían que a las afueras estabais esperando vosotros y que era mejor morir bajo las bombas. ¡La guerra, la guerra, la guerra! Yo eché a correr por el bosque. ¿Cuántos días fueron? ¿Cuántas noches fueron? Hasta que me encontraron y me dieron agua y este uniforme y este fusil. Mi madre... no, no hay que estar triste. Hay que abrir bien los ojos y estar alerta. Que no duerma nadie. Salgamos de nuestras casas, de nuestros pueblos, y marchemos en formación. ¡Alerta, alerta, alerta! Hay que pelear la tierra arrebatada, la tierra nuestra de cada día; hay que limpiarla del barro de vuestras botas, de vuestros cánticos para que la hereden nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Que no duerma nadie, nadie, nadie. Porque ha llegado la hora, la hora que tanto quise cuando era un niño, enloquecido por el silencio, por todo ese silencio amontonado sobre mis hombros y yo temía que la vida fuera eso, tan sólo eso, y quería que mi corazón se llenara de ruido. Y es idiota pero por eso me hice músico -aunque a ti no te importe porque duermes y no puedes oírme- para llenar mi corazón de ruido y espantar ese silencio que me estaba volviendo loco.

Por eso bendigo esta hora. Cuando los aviones cruzan estos cielos, y los buques cruzan nuestros mares, y las fragatas, y los tanques, y la metralla, y las ba-

terías nos traen el mañana, el mañana que vosotros nos habíais robado. ¡Alerta, alerta, alerta! ¡Subid a los andamios, a los tejados, a las azoteas, abarrotad las fábricas, y las catedrales para esperar el alba! No duerme nadie por el cielo. Nadie. Nadie. Porque la hora ya es venida. Y recuperaremos las calles y nuestras iglesias y nuestro futuro porque ya no os pertenecemos a vosotros, a los que son como tú -nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos- porque ha llegado la hora de separar las sangres y no habrá ni perdón ni olvido.

Oscuro.

III

Noche arriba

Se ilumina ahora la habitación: una renqueante bombilla eléctrica y la última luz del día que se cuele desde un ventanuco con rejas. SEBASTIÁN, con el rifle en el regazo, lucha por no dormirse, hasta que los primeros movimientos de RAFAEL, en la camilla, le ponen alerta. Algunos portazos y gritos cerca.

RAFAEL.- ¿Dónde estamos? (*Trata de incorporarse. SEBASTIÁN se levanta y apunta.*) ¿Quién eres? (*No hay respuesta. Poco a poco parece darse cuenta de la situación. Recorre con la mirada: la estancia, los pocos objetos: su uniforme en la otra silla, un lavabo, un espejo, apenas nada.*) ¿Por qué no contestas? (*Silencio de SEBASTIÁN.*) ¿Por qué no hablas? (*SEBASTIÁN, no deja de apuntar, no responde.*) ¿Cuánto tiempo ha pasado? (*Intenta levantarse.*)

SEBASTIÁN.- No te muevas.

RAFAEL.- Entonces contesta, maldita sea, ¿dónde estamos?

SEBASTIÁN.- No grites. ¿Crees que estás en disposición de gritar?

RAFAEL.- Contéstame entonces. ¿Y los demás? (*Silencio.*)
Instrucciones.

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- Son las instrucciones. Que no hables con el prisionero.

SEBASTIÁN.- Es el protocolo.

RAFAEL.- Hay un protocolo.

SEBASTIÁN.- Sí, hay un protocolo. Nosotros tenemos normas, regulaciones. Principios.

RAFAEL.- ¿Nosotros?

SEBASTIÁN.- Principios. Nosotros sí tenemos principios.

RAFAEL.- ¿Cuántos años tienes? ¿Diecisiete?

SEBASTIÁN.- No es de tu incumbencia. (*RAFAEL ha podido incorporarse.*) No te muevas. No se te ocurra moverte de dónde estás. Me dijeron que disparase. Que no dudase en dispararte. No seas idiota. Aunque pudieras salir de aquí, si yo me distrajes un solo segundo y me arrebataste el rifle y me disparases, detrás de esa puerta está vigilando otro como yo y después hay otra puerta y /

RAFAEL.- También lo dice el protocolo.

SEBASTIÁN.- Sí. (*Pausa breve.*) No tiene gracia.

RAFAEL.- ¿Y los demás?

SEBASTIÁN.- ¿Quiénes?

RAFAEL.- ¿Han muerto?

SEBASTIÁN.- No lo sé.

RAFAEL.- ¿Dónde estamos?

SEBASTIÁN.- No estoy autorizado.

RAFAEL.- Es el mar. Lo que suena fuera.

SEBASTIÁN.- Sí.

RAFAEL.- No recuerdo haber /

SEBASTIÁN.- Te trasladaron.

RAFAEL.- Desde Bárcenas.

SEBASTIÁN.- Dijeron que Matamorosa.

RAFAEL.- ¿Para qué?

SEBASTIÁN.- No te iban a dejar morir.

RAFAEL.- ¿Morir?

SEBASTIÁN.- Así, desagrado. Ya te he dicho que tenemos principios. Es suficiente.

Silencio.

RAFAEL.- ¿Por qué lo haces?

SEBASTIÁN.- ¿Qué hago?

RAFAEL.- Romper el protocolo, hablar conmigo.

SEBASTIÁN.- No estamos hablando. No exactamente.

RAFAEL.- ¿Entonces?

SEBASTIÁN.- Si así vas a estar más tranquilo.

RAFAEL.- ¿Es un favor?

SEBASTIÁN.- Es lo mejor para los dos. Si estás calmado no tendremos problemas.

RAFAEL.- ¿Cómo te llamas? (*Silencio.*) Vamos, ¿qué importa? Invéntate un nombre.

SEBASTIÁN.- No.

RAFAEL.- ¿No?

SEBASTIÁN.- Un nombre es algo importante.

RAFAEL.- Es sólo un nombre.

SEBASTIÁN.- Con un nombre puedes llamarme, podrías identificarme y /

RAFAEL.- Pero tú sabes cómo me llamo.

SEBASTIÁN.- No.

RAFAEL.- Mientes.

SEBASTIÁN.- ¿Qué importa?

RAFAEL.- Di entonces.

SEBASTIÁN.- Tu nombre, ¿qué me importa?

Otro silencio. Se escuchan gritos.

RAFAEL.- ¿Hay otros? (*Silencio.*) ¿Qué hacemos aquí? (*De nuevo los gritos.*) ¿Para qué nos habéis traído?

SEBASTIÁN.- Es mejor que no preguntes. Es mejor que no grites, ¿no lo entiendes? Mientras estemos tú y yo solos todo estará bien. / *(Apaciguando.)* Sí que hay otros. Otros que ya están hablando. Que están dando la información que necesitan. No tienen por qué venir. No tienen por qué venir a buscarte si no gritas. El doctor dijo que no era tarde.

RAFAEL.- ¿Qué doctor?

SEBASTIÁN.- Que habías perdido sangre pero que podrías recuperarte. Eso creí escucharles.

RAFAEL.- ¿Qué hacemos aquí?

Silencio.

RAFAEL.- ¿Hay agua?

SEBASTIÁN.- No me dijeron si podías beber.

RAFAEL.- Tengo sed.

SEBASTIÁN.- El doctor no me dijo si/

RAFAEL.- Tengo sed.

SEBASTIÁN.- *(Llena un vaso metálico y lo acerca con cuidado.)*
Toma.

RAFAEL.- Gracias, muchacho.

SEBASTIÁN.- No me llames muchacho.

RAFAEL.- ¿Eso te enfada?

Silencio.

RAFAEL.- ¿Y luego?

SEBASTIÁN.- No sé.

RAFAEL.- Mientes otra vez.

SEBASTIÁN.- Me dijeron que estuviese atento, que no te quitase los ojos de encima y eso hago.

RAFAEL.- Propaganda.

SEBASTIÁN.- Cállate.

RAFAEL.- ¿Cuántos años tienes?

SEBASTIÁN.- Ya te he dicho que no te importa. Es suficiente. Si pudiera no escucharte, si pudiera salir de aquí y no tener que escucharte. Pero es mi deber. Es mi contribución.

RAFAEL.- Te has creído toda esa propaganda.

SEBASTIÁN.- No sigas.

RAFAEL.- Y ahora la repites.

SEBASTIÁN.- No.

RAFAEL.- Me la repites cuando sabes que nosotros estamos luchando por /

SEBASTIÁN.- Cierra la boca.

RAFAEL.- Todas esas patrañas sobre el gobierno /

SEBASTIÁN.- Podría hacerlo.

RAFAEL.- Y ahora vais a entregar España a los fascistas/

SEBASTIÁN.- Ahora mismo. Podría disparar. Podría apuntarte a la frente y disparar.

RAFAEL.- ¿Por qué no lo haces?

SEBASTIÁN.- No iban a pedirme explicaciones.

RAFAEL.- Hazlo.

SEBASTIÁN.- No sigas.

RAFAEL.- Hazlo entonces.

SEBASTIÁN.- Has perdido la cabeza.

RAFAEL.- ¡Hazlo de una maldita vez! ¡Dispara! (*Intenta incorporarse. Cae de la camilla.*) ¡Socorro, por favor, que alguien me ayude!

SEBASTIÁN.- No grites.

RAFAEL.- ¡Que alguien me saque de aquí!

SEBASTIÁN.- ¿Estás loco? Van a venir. Van a venir y entonces será peor para los dos.

RAFAEL en el suelo. Silencio. SEBASTIÁN comprueba el pasillo. Nadie. Duda. Se acerca. Le ayuda a incorporarse. RAFAEL sangra. Se desvanece.

SEBASTIÁN.- ¡Ayuda! ¡Un doctor, por favor!

Oscuro.

IV
De la mano invisible

SEBASTIÁN pasea de un lado a otro de la habitación. Besa una pequeña cruz que lleva colgada al cuello. Saca un cigarrillo y lo va a encender.

RAFAEL.- No deberías.

SEBASTIÁN.- Gracias a Dios.

Silencio. Se sienta.

RAFAEL.- Es extraño.

Silencio.

SEBASTIÁN.- Está bien. Tú ganas. ¿El qué es extraño?

RAFAEL.- Parece alegrarte que siga vivo.

SEBASTIÁN.- *(Mientras se enciende el cigarrillo.)* No te equivoques. Me alegra que no hayas muerto. Si ocurriera me trasladarían a otra de las habitaciones o quizá fuera.

Aquí estoy bien, aunque te gusta demasiado hablar. (Pausa.) Le dije al doctor que te caíste mientras dormías. Que había ocurrido así, de repente. No sé si me creyó porque al salir me preguntó si te habías despertado en algún momento de la noche. Le dije que no.

RAFAEL.- ¿Por qué lo haces así?

SEBASTIÁN.- ¿Hacer qué?

RAFAEL.- Coger el cigarrillo, de ese modo.

SEBASTIÁN.- ¿Qué tiene de extraño?

RAFAEL.- No te enfades. Nunca vi a nadie poner así los dedos.

SEBASTIÁN.- No fumaba antes de esto.

RAFAEL.- ¿Por qué entonces?

SEBASTIÁN.- ¿Me preguntas que por qué he empezado a fumar? ¿Crees que/

RAFAEL.- ¿Por qué has mentido?

SEBASTIÁN.- Para no complicarnos.

RAFAEL.- ¿Complicarnos?

SEBASTIÁN.- Sí, complicarnos. Para que no vengan y...

RAFAEL.- Termina. He oído los gritos.

SEBASTIÁN.- Entonces ya lo sabes.

RAFAEL.- Esos son vuestros principios.

SEBASTIÁN.- Es una guerra, joder.

RAFAEL.- Sí, vuestra guerra.

SEBASTIÁN.- Si no hubierais / (*Se da cuenta de nuevo.*) No voy a darte explicaciones. Ya es suficiente. Voy a aclararte una cosa. No me gusta hablar. Nunca me ha gustado hablar ni la compañía de los otros. No es sólo el protocolo. No es sólo que no nos convenga que alguien ahí fuera pueda escucharnos. Ni a ti ni a mí. No nos conviene, ¿te enteras? Es que no me gusta hablar. Sencillamente eso. Me pone nervioso mantener una conversación. Soy un hombre reservado. Piensa lo que quieras, pero es así. ¿Por qué ríes?

RAFAEL.- “¿Un hombre reservado?” ¿Cuántos años tienes, muchacho? Hablas como si fueras un viejo.

SEBASTIÁN.- Ya está bien. He cumplido veinte años, ¿te enteras? ¿Te parecen suficientes? ¿Para que me haya quedado huérfano? ¿Te parece que tengo la edad suficiente para estar en la guerra? ¿Que tengo los años suficientes para apretar el gatillo y volarte la tapa de los sesos?

Silencio.

SEBASTIÁN.- Joder, mira lo que has hecho. (*Enciende otro cigarrillo. Pausa.*) ¿Quieres?

RAFAEL.- ¿Rubio?

SEBASTIÁN.- Rubio.

RAFAEL.- Gracias.

SEBASTIÁN.- Espera.

Se asoma a la puerta. Parece comprobar que no hay nadie cerca. Le acerca el cigarro. Le da una calada. Su turno. Otra. RAFAEL le coge por la muñeca.

SEBASTIÁN.- ¿Qué haces?

RAFAEL.- ¿Está Paulino?

SEBASTIÁN.- Suéltame. ¿Quién es Paulino?

RAFAEL.- Mi oficial. ¿Lo habéis traído aquí?

SEBASTIÁN.- No lo sé, no sé quiénes son los otros.

RAFAEL.- ¿Qué van a hacer?

SEBASTIÁN.- Suéltame o disparo.

RAFAEL.- ¿Qué van a hacer con nosotros?

SEBASTIÁN.- No lo sé.

RAFAEL.- Mientes. Por favor, mírame

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- ¿Crees que yo tengo edad suficiente?

SEBASTIÁN.- ¿Para qué?

RAFAEL.- Para morir.

SEBASTIÁN.- Nadie ha dicho /

RAFAEL.- Para que me ajusticien. ¿Tengo edad suficiente?

SEBASTIÁN.- Eso no va a ocurrir.

RAFAEL.- ¿Por qué lo sabes?

SEBASTIÁN.- Créeme, eso no va a ocurrir.

RAFAEL.- ¿Por qué tengo que creerte?

SEBASTIÁN.- Porque estoy sólo yo aquí, contigo.

RAFAEL.- Nos van a fusilar. Cuando ya tengan la información que necesitan.

SEBASTIÁN.- No, primero tienen que/

RAFAEL.- ¿Qué?

SEBASTIÁN.- Habrá un juicio. Y luego decidirán. Es lo que suele ocurrir.

RAFAEL. ¿Suele?

SEBASTIÁN.- Puede que os trasladen a un hospital mejor en la ciudad. Y luego/

RAFAEL.- ¿Luego?

SEBASTIÁN.- No lo sé, ¿cómo puedo saberlo?

RAFAEL le suelta la muñeca.

RAFAEL.- Escúchame. Tengo treinta años y me llamo Rafael Rodríguez Rapún. Pero eso ya lo sabías.

SEBASTIÁN.- No me importa.

RAFAEL.- Mis padres se llaman Lucio y María. Viven en Madrid, en la calle Rosalía de Castro, número 25. Pero son de Jaca. Eso no importa, imagino. Eso no tiene ninguna importancia. Mi padre trabaja para una empresa francesa de gasolina. Tengo dos hermanos: María y Tomás. María es costurera y mi hermano es teniente de infantería. Creo que ahora está en Córdoba. Hace meses que no sé nada de él.

SEBASTIÁN.- ¿Por qué me cuentas todo esto? Cállate.
(*Apunta de nuevo.*) Es una orden.

RAFAEL.- Porque estás sólo aquí, conmigo. Eso has dicho.
Si me ocurriera algo te ruego que /

SEBASTIÁN.- No. Cállate. Es una orden.

RAFAEL.- Si me ocurriera algo, te ruego que mandes avisar
a mis padres. Que /

SEBASTIÁN.- No tenía que haberte escuchado. Ni una sola
palabra. Ni una sola maldita palabra.

Sale corriendo. RAFAEL intenta levantarse de la camilla. La puerta se abre de golpe. En el oscuro, se escucha una melodía, una marcha lúgubre y desacompasada. Cada vez más agitada y acompañada de voces lejanas, gritos, chasquidos. La melodía se precipita al fin y estallan unos platillos, enfebrecidos.

V

Coridón

Pero otro Adán oscuro está soñando
neutra luna de piedra sin semilla
donde el niño de luz se irá quemando.

“Adán”, *Primeras canciones*

Vuelve SEBASTIÁN. Se sienta, enciende un cigarro. Silencio largo.

RAFAEL.- ¿Adónde has ido? (*Pausa.*) ¿Sigues enfadado?

SEBASTIÁN.- ¿Enfadado? ¿Crees que la palabra es “enfadado”? Escúchame. Hemos cruzado unas palabras, es cierto. Pero lo negaré. Me advirtieron, me dijeron que utilizáis estas técnicas. “De persuasión” dijeron. Que intentarías convencerme. Ha sido una pequeña equivocación sin importancia, un leve error estratégico. Pero se ha terminado. Habla, habla lo que quieras. Mientras no grites, mientras no te muevas un centímetro de donde estás. No te puedo hacer callar sin que los dos nos metamos en un lío. Así que te dejaré hablar. Puedes hablar todo lo que quieras. Habla toda la noche, habla todas las horas que quieras, habla has-

ta que caigas rendido de cansancio. Es tu derecho, imagino. No voy a meterte un trapo en la boca ni a arrancarte la lengua. Pero no esperes respuesta.

RAFAEL.- ¿Entonces?

SEBASTIÁN.- Entonces nada. Se terminó. (*Repara en las magulladuras de la cara.*) Si no hubieras hablado, si me hubieras hecho caso, nada de esto habría pasado. Tú me obligaste. Tú me obligaste a decirles que te habías despertado. Yo no quería esto. Te advertí. Les dije “el doctor ha dicho que está muy débil, que ha perdido mucha sangre”. Ellos asintieron, me dieron una palmada en el hombro: “Buen trabajo, muchacho, no hará falta que lo movamos. Le haremos una visita.”. Salí afuera, me fui a dar vueltas al patio. Vi la luz en la celda. Intenté concentrarme en el ruido de la marea. No servía. Me puse a silbar. Un pasodoble, una estúpida marcha que nos habían obligado a aprendernos para el Corpus. Cerré los ojos. Y abrí los brazos, así, como si tuviera mis platillos. (*Tararea.*) ¿La conoces? Un, dos, tachín, un, dos, tachín. Y entonces oí tus gritos. Por la ventana. Y yo tocaba más fuerte, más fuerte. Y después nada. Se hizo el silencio. Pensé que te habían matado, que habías terminado de desangrarte. Pero me mandaron buscar. “Muchacho, ya puede volver a su posición”.

RAFAEL.- ¿Y los otros?

SEBASTIÁN.- No sé nada de los otros.

RAFAEL.- Me dijeron que estaban aquí.

SEBASTIÁN.- No lo sé.

RAFAEL.- Mintieron o mientes tú.

SEBASTIÁN.- ¿Por qué insistes?

RAFAEL.- No lo sé. (*Silencio.*) ¿Dónde estabas? (*Silencio.*)
¿Qué importa eso? ¿Qué puede importar eso? Pasarán
las horas más rápido para los dos. ¿Dónde estabas?

SEBASTIÁN.- ¿Cuándo?

RAFAEL.- Cuando empezó todo esto.

SEBASTIÁN.- Basta.

Silencio.

RAFAEL.- Yo estaba en San Sebastián, de vacaciones. Había ido con un par de amigos de la academia a pasar unos días a la playa. Necesitaba olvidarme de Madrid. Ahí nos enteramos. Llamé a casa, hablé con mi hermana. No sabían nada, nadie sabía qué iba a ocurrir. Aguanté unos días pero el dinero se terminaba. Le pedí a mis padres que me mandaran un giro pero nunca llegó. Encontré un trabajo, asfaltando carreteras. Pensé que pronto reuniría el dinero para volver. Entonces oímos por la radio lo de los fusilamientos. Un par de chicas me escondieron en un bar durante una semana hasta que encontré el enlace para regresar a casa. Lloré de alegría cuando entré por la Casa de Campo. ¿Has estado en Madrid?

SEBASTIÁN.- No.

RAFAEL.- ¿Nunca?

SEBASTIÁN.- No, nunca, nunca. Cuidaba de las cosas del campo con mi madre. Vacas, manzanos, ¿qué demonios puede importarte eso? Si había dinero iba a los billares con los amigos. Nada más. Así toda la semana, el domingo por la mañana a misa y por la tarde vuelta a las faenas del campo. Estaba ahorrando para intentar ingresar en el Conservatorio. Eso hacía cuando empezó toda esta mierda. Nada más. Ésa es mi historia. ¿Suficiente?

RAFAEL.- ¿Quieres ser músico?

SEBASTIÁN.- Quería ser músico.

RAFAEL.- Esto acabará pronto. De un modo otro tiene que acabar pronto. Serás músico, si es que lo quieres.

SEBASTIÁN.- ¿De un modo u otro? ¿Crees que tenéis alguna posibilidad?

RAFAEL.- ¿Quién?

SEBASTIÁN.- Vosotros.

RAFAEL.- ¿Quiénes somos nosotros?

SEBASTIÁN.- Estoy empezando a hartarme de ti. Las cosas tienen un modo de ser y hay que seguirlo. Si no hubierais traído hasta aquí toda esa porquería moscovita nada de esto nos hubiera pasado. Sí, las cosas acabarán pronto y quizá podamos volver a nuestros asuntos.

Pausa. Llega el sonido de la lluvia, afuera. Silencio.

RAFAEL.- ¿Estamos cerca de Santander?

SEBASTIÁN.- (*Duda.*) Sí.

RAFAEL.- Es la tercera vez, ¿sabes?

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- Que estoy aquí. La primera fue hace cuatro años. Casi no llegamos porque se nos habían fundido las cuatro bielas del camión en Pajares. Era agosto, aunque llovía, como ahora. Estábamos en el Palacio de la Magdalena, sobre la bahía. Enfrente se veía Somo. Y luego todos los estudiantes por allí, sobre la yerba.

SEBASTIÁN.- ¿De excursión?

RAFAEL.- Llegamos con el grupo

SEBASTIÁN.- ¿Qué grupo?

RAFAEL.- De teatro.

SEBASTIÁN.- ¿Teatro? ¿Has sido actor?

RAFAEL.- Cuando no quedaba más remedio. Pero era el secretario y conductor.

SEBASTIÁN.- Nunca estuve en el teatro

RAFAEL.- ¿Nunca?

SEBASTIÁN.- Una vez vino una compañía de variedades al pueblo pero no pude dejar los asuntos solos. ¿Qué hacíais vosotros?

RAFAEL.- Un poco de todo. Creo que aquí hicimos *Fuenteovejuna* y luego, al otro año, *El burlador de Sevilla*. Ahí yo sí hacía de actor. Salía vestido con un traje ridículo, demasiado ceñido. Tuvimos tiempo de descansar. Íbamos al Sardinero o Castañeda. Fue un respiro por-

que no teníamos que montar y desmontar todos los días. Quizá has oído hablar de nosotros. Éramos la Barraca.

SEBASTIÁN.- Ni idea.

RAFAEL.- Un grupo de teatro universitario. Íbamos de pueblo en pueblo, la República quería que/

SEBASTIÁN.- ¿Había músicos?

RAFAEL.- Sí, por supuesto que había músicos.

SEBASTIÁN.- ¿Y tocaban escondidos?

RAFAEL.- ¿Escondidos?

SEBASTIÁN.- ¿Podía verlos el público?

RAFAEL.- Dependía de cada obra. En algunas sí, claro.

SEBASTIÁN.- Eso me gustaría. Tocar en un teatro. Junto a los actores. Con un buen traje. Tocar y poder ver a los actores y al público. Y estar ahí pero que todos miren para otro lado. Como si fueras invisible. ¿Tus padres qué decían?

RAFAEL.- ¿De qué?

SEBASTIÁN.- De que te dedicaras al teatro. A mí me madre no le gusta que sea músico. Dice que esas profesiones son del hambre. Decía. Eso decía.

RAFAEL.- No sacaba nada del teatro. Seguía estudiando. Ése era el pacto con mi familia. Ingeniero de Minas. (*Pausa breve.*) ¿Cuántos años tienes?

SEBASTIÁN.- Ya me preguntaste.

RAFAEL.- Pero no me dijiste la verdad.

SEBASTIÁN.- ¿Y qué te importa a ti?

Silencio.

RAFAEL.- ¿Alguna muchacha?

SEBASTIÁN.- ¿Novia?

RAFAEL.- Sí.

SEBASTIÁN.- No, ninguna. (*Duda.*) ¿Y tú?

RAFAEL.- Antes de la guerra hubo una muchacha. Conchita. Estaba en el grupo. Murió de una anemia.

SEBASTIÁN.- Lo siento.

RAFAEL.- Le dije a mi hermana que le llevara una corona al hospital porque no me atrevía a entrar. Mi padre quería que fuese médico hasta que se dio cuenta de que me mareaba si veía un poco de sangre. Por eso dejé también el fútbol. Me daba pánico la sangre. Antes de todo esto. Un poco de sangre. Y ahora mira.

SEBASTIÁN.- ¿Has jugado el fútbol?

RAFAEL.- Sí.

SEBASTIÁN.- ¿En qué equipo? ¿Eras conocido?

RAFAEL.- ¿Eras?

SEBASTIÁN.- Es un modo de hablar.

RAFAEL.- En el Atlético de Madrid. Pero nunca llegué a jugar en el primer equipo.

SEBASTIÁN.- Yo no he jugado nunca al fútbol.

RAFAEL.- Pero te gustará algún equipo.

SEBASTIÁN.- ¿Equipo? Del Real Racing de Santander, supongo.

RAFAEL.- ¿Supones?

SEBASTIÁN.- No sé si me gusta el fútbol. Nunca tuve dinero para ir a ver un partido a la capital. *(Pausa.)* ¿Y luego?

RAFAEL.- ¿Luego?

SEBASTIÁN.- ¿No hubo más mujeres?

RAFAEL.- Hay una. En Valencia. La conocí hace dos años pero luego las cosas se complicaron. No supe nada de ella hasta hace unos meses. Me la encontré otra vez en Valencia, justo antes de subir al Norte. Me dijo que no le habían llegado las cartas desde la Escuela.

SEBASTIÁN.- ¿Qué escuela?

RAFAEL.- De artillería. Pensé que os contaban esas cosas.

SEBASTIÁN.- No.

RAFAEL.- La Escuela Popular de Artillería en Lorca, Murcia.

SEBASTIÁN.- ¿Cómo se llama?

RAFAEL.- Elena.

SEBASTIÁN.- ¿Te está esperando?

RAFAEL.- Sí. Agua, por favor.

SEBASTIÁN.- (*Le acerca.*) ¿Os ibais a casar? (*Se da cuenta.*) Perdona.

RAFAEL.- ¿Qué ocurre?

SEBASTIÁN.- Nada.

RAFAEL.- ¿Nada?

SEBASTIÁN.- No son mis asuntos.

RAFAEL.- ¿Qué?

SEBASTIÁN.- No es mi asunto si te vas a casar o no.

RAFAEL.- ¿Qué es lo que sabes?

SEBASTIÁN.- Nada.

RAFAEL.- Mírame.

SEBASTIÁN.- No eres tú quien da las órdenes.

RAFAEL.- Mírame, muchacho.

SEBASTIÁN.- Ya está bien. Me llamo Sebastián. Sebastián es mi nombre.

RAFAEL.- ¿Qué es lo que sabes?

SEBASTIÁN.- El juicio/

RAFAEL.- ¿Qué?

SEBASTIÁN.- Ellos me lo han pedido.

RAFAEL.- Habla.

SEBASTIÁN.- Ellos me han pedido que te lo diga. Ya ha terminado el juicio.

RAFAEL.- Pero si no me han dejado siquiera/

SEBASTIÁN.- Os han condenado a muerte.

RAFAEL.- / no he podido defenderme. No han hablado conmigo. ¿Cuándo?

SEBASTIÁN.- Cuando amanezca.

RAFAEL.- ¿Aquí?

SEBASTIÁN.- Sí. Por turnos. En cuanto amanezca.

Llueve más fuerte. Silencio largo. SEBASTIÁN saca un mendrugo de pan. Empieza a comer. Al poco, lo parte y le ofrece a RAFAEL. Éste intenta comer, no puede.

VI

Fábula y rueda de los tres amigos

Son guirnalda de amor, cama de herido,
donde sin sueño sueño tu presencia
entre las ruinas de mi pecho hundido.

“Llagas de amor”, *Sonetos del amor oscuro*

RAFAEL *intenta incorporarse*. SEBASTIÁN *apunta*.

RAFAEL.- Ayúdame.

SEBASTIÁN.- ¿Qué ocurre?

RAFAEL.- Quiero levantarme.

SEBASTIÁN.- No puedo hacer eso.

RAFAEL.- En esa silla.

SEBASTIÁN.- Pero el doctor dijo que no debías/

RAFAEL.- ¿Bromeas?

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- No, claro, no es ninguna broma. Se trata de eso.

SEBASTIÁN.- ¿De qué hablas?

RAFAEL.- De mantenerme vivo. Porque no es suficiente.

SEBASTIÁN.- ¿Suficiente?

RAFAEL.- Que muera sin más. Te han encargado de que no muera antes de lo previsto. Para hacernos sufrir, para que nos dé tiempo a arrepentirnos, o a suplicar o a llorar abrazados al confesor. Y luego sacarnos de uno a uno y ponernos juntos, como un trofeo. Para que nos dé vergüenza mirarnos a la cara. ¿Y luego qué vais a hacer? ¿Qué hay después?

SEBASTIÁN.- Yo no/

RAFAEL.- Cuando todo haya terminado. Si lo lográis, si ganáis esta guerra que habéis querido, ¿qué vais a hacer luego? ¿Cómo vais a vivir con toda esta sangre bajo los zapatos? ¿Cómo os vais a abrazar a vuestras mujeres por la noche? ¿Cómo vais a mirar a vuestros hijos a la cara y les vais a decir “yo maté a mil hombres”?

SEBASTIÁN.- Yo no he matado a nadie.

RAFAEL.- ¿Cómo vais a vivir el resto de los días?

SEBASTIÁN.- ¿Cómo voy a vivir el resto de los días? No lo sé, no lo sé. Dímelo tú, dímelo tú si es que lo sabes. Porque yo no soy capaz de imaginarlo. Vi cómo mi madre caía en el suelo y seguí corriendo. No me detuve. No me acerqué a levantarla. No me acerqué a mirarla por última vez. Salí corriendo. Sólo pensaba en salvarme. Pensé que era la voluntad de Dios. Que yo debía salvarme para que la existencia de mis padres tuviera un sentido. Pero ahora no logro dormir sin escuchar su voz y no entiendo lo que dice, no entiendo qué quiere decirme. ¿Crees que yo he querido esto? ¿Crees que yo quiero estar aquí?

RAFAEL.- Entonces hazlo.

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- Déjalos.

SEBASTIÁN.- No has entendido nada.

RAFAEL.- ¿Dónde estamos?

SEBASTIÁN.- No entiendes nada.

RAFAEL.- Escúchame con atención. Si me ayudas a salir de aquí, te prometo que no te encontrarán. Que nadie te reclamará nada. Te prometo que estaré a tu lado pase lo que pase. Podemos intentar llegar a la ciudad y de allí salir para Francia. ¿Dónde estamos?

SEBASTIÁN.- No has entendido nada. Ahí fuera hay un pasillo y al final un control. Y luego otro pasillo y otro control. Y si logras cruzarlos, si por un milagro logras cruzarlos, en la puerta hay otro puesto.

RAFAEL.- Tiene que haber un modo.

SEBASTIÁN.- ¿Qué modo? ¿Te crees que no lo he pensado?

RAFAEL.- ¿Qué?

SEBASTIÁN.- No hay modo. Es suficiente.

RAFAEL.- Pero yo no/

SEBASTIÁN.- Por favor.

RAFAEL.- Yo no quiero morir.

SEBASTIÁN.- Cállate.

RAFAEL.- Yo no puedo morir así.

SEBASTIÁN.- (*Ha llegado hasta la cama y le ha tapado la boca con la mano.*) ¡Cierra la boca! ¿Quieres que te saquen de los primeros? (*RAFAEL niega con la cabeza.*) Está bien.

Pausa. RAFAEL intenta levantarse. Está a punto de caer.

SEBASTIÁN.- ¿Qué haces?

RAFAEL.- Ponme allí, frente a la ventana.

SEBASTIÁN.- ¿Y si entran?

RAFAEL.- ¿Qué más da?

SEBASTIÁN.- No intentes nada raro.

RAFAEL.- ¿El qué? Por favor, coloca la silla frente a la ventana.

SEBASTIÁN.- Está bien. Despacio.

RAFAEL.- ¿Crees que me importa ahora la metralla?

SEBASTIÁN.- Dame los brazos.

RAFAEL.- Lo siento.

SEBASTIÁN.- ¿El qué?

RAFAEL.- El olor. No sé cuándo /

SEBASTIÁN.- No importa.

Lo sienta frente a la ventana.

RAFAEL.- Acércame, por favor, un trapo empapado en agua. No quiero que ocurra así. No quiero morir con este olor.

SEBASTIÁN.- Está bien.

RAFAEL.- ¿Tienes hermanos?

SEBASTIÁN.- No.

RAFAEL.- Tengo una hermana mayor. María. Es preciosa, ¿sabes? Y buena, muy buena. Cuando dejé Madrid me lavó los pies. Me dio vergüenza. Le dije: ¿has perdido la cabeza, cómo vas a lavarme los pies? Y ella sonrió y me dijo. “Quiero que estés descansado, quiero que mi hermano se vaya a la guerra descansado. Te han hecho daño esas botas. ¿De dónde las has sacado?”.

SEBASTIÁN.- Yo sólo puedo/

RAFAEL.- Por favor.

SEBASTIÁN.- No te lo prometo. Pero si quieres que le diga algo. Si quieres que yo le diga algo lo intentaré. No nos dejan tener papel aquí. Y nos revisan al salir. Pero si me lo dices, te prometo que lo recordaré. Te prometo que recordaré cada una de tus palabras y se las haré llegar cuando pueda.

RAFAEL.- Hay una cosa, Sebastián. Algo que quiero que entiendas. Tengo que recuperar unos papeles. Es un asunto importante. No importante sólo para mí. Importante para todos. Quiero que lo entiendas. Necesito que te pongas en contacto con alguien en Madrid y que te asegures que esos papeles no se pierden.

SEBASTIÁN.- ¿Qué papeles?

RAFAEL.- No es nada de la guerra. Ya te dije que yo fui secretario de ese grupo del teatro.

SEBASTIÁN.- Sí.

RAFAEL.- Alguien me encargó que guardara algo. Algo que no puede perderse.

SEBASTIÁN.- ¿Quién?

RAFAEL.- Un poeta. El poeta que llevaba el grupo.

SEBASTIÁN.- No sé.

RAFAEL.- Federico. Federico García Lorca.

SEBASTIÁN.- ¿García Lorca? ¿A ése no le/?

RAFAEL.- Sí.

SEBASTIÁN.- ¿Erais amigos?

RAFAEL.- Sí, mucho.

SEBASTIÁN.- Lo escuchamos en la radio. Una vez. A mí madre le gustó su voz y lo que recitaba. Dijo “qué pena que sea así”.

RAFAEL.- “¿Así?”

SEBASTIÁN.- Así, rojo, imagino.

RAFAEL.- Él no estaba metido en la política. No tenían que haberle matado.

SEBASTIÁN.- Pero en la guerra/

RAFAEL.- Escúchame. Él me dejó una cosa a mi cargo. Algo que no puede perderse.

SEBASTIÁN.- No entiendo. ¿Quieres que encuentre a tu hermana y le diga dónde está?

RAFAEL.- No, mi hermana no.

SEBASTIÁN.- ¿Entonces?

RAFAEL.- Un amigo. Uno de los actores. Modesto. Modesto Higuera. Mi hermana no lo entenderá. Son papeles, cosas nuestras. Cartas, documentos. Hay unos discos de gramófono también.

SEBASTIÁN.- No voy a hacerlo.

RAFAEL.- Yo se lo prometí. No se pueden perder. No pueden desaparecer en un incendio o que saqueen el piso y lo tiren. Tenía que haberlo previsto antes. Pero no lo pensé. Creí que la guerra iba a terminar pronto. ¿Cómo iba a saberlo?

SEBASTIÁN.- No pretenderás que yo me encargue. Entiéndelo. Puede que estemos hablando y sí, te he dicho que voy a escribir a tu hermana, y voy a hacerlo. ¿Crees que no tengo corazón? Pero con todo ya es demasiado. No vas a meterme en ningún otro lío. No quiero saber nada de tu amigo el poeta ni de sus papeles. Alguien los encontrará y si se pierden, que se pierdan. ¿Qué me importa a mí? Tengo suficiente con no volverme loco, con despertarme cada mañana e intentar que todos estos pensamientos no me arrastren más lejos. Siento que me ahogo, que me estoy ahogando cada hora, cada día que pasa. Cada muerto que cuento. Porque los he contado. Cada hombre que he visto morir a mi lado. Puedo oírlos: sus voces, la voz de mi madre. Como un estruendo. Eso me importa: que la guerra que habéis buscado termine pronto.

RAFAEL.- Sebastián. No se trata de ahora. No se trata de nosotros. No nos lo van a perdonar.

SEBASTIÁN.- ¿Quién?

RAFAEL.- Los que vengan después.

SEBASTIÁN.- No nos van a perdonar, es cierto. Pero no por ese montón de papeles perdidos.

RAFAEL.- Si sobrevives, y ése es mi deseo, Sebastián, si sobrevives a esta maldita guerra, finalmente tendrá un sentido.

SEBASTIÁN.- ¿Qué tendrá un sentido?

RAFAEL.- Que tú y yo nos hayamos cruzado en este lugar, en esta madrugada. Que seas la última persona que haya conocido antes de morir. Podrás mirar a tus hijos y decirles: “Yo salvé esos libros que leéis en el colegio”. Eso le dará un sentido a este horror.

SEBASTIÁN.- Pero/

RAFAEL.- Hay poemas y tres obras de teatro. Eso no puede perderse. No para siempre. Los que vengan sabrán entenderlas.

SEBASTIÁN.- ¿Pero cómo voy a hacerlo?

RAFAEL.- Tienes que recordar este nombre: Modesto Higuera. Búscalo. Y le dices que Rapún te ha dicho lo siguiente. Que las cosas de Federico están en el piso de Alcalá. Él sabe dónde es. Dile que allí está todo. Que rompa las cartas y que nos perdone. Pero que saque los manuscritos del país, que se lo lleve a Francia o a México. También los discos de gramófono. Son seis pizarras. Una conferencia que dio en el Teatro Español para los actores. Y otras recitando algunos poemas. Prométeme que lo harás.

SEBASTIÁN.- Yo/

RAFAEL.- Tienes que hacerlo.

SEBASTIÁN.- ¿Por qué es tan importante?

RAFAEL.- Debo cumplir mi encargo. Al menos eso. Se lo prometí.

SEBASTIÁN.- ¿A quién?

RAFAEL.- A Federico.

SEBASTIÁN.- Pero ahora está muerto. ¿Qué importa lo que le prometieras?

RAFAEL.- ¿Qué importa? No entiendes nada. Ni tú ni ninguno de los salvajes que te acompañan. ¿Por qué a él? ¿Por qué tuvisteis que matarlo a él? Había intentado llamarlo desde Donosti. Nadie sabía decirme nada. Mi hermana me dijo que había preguntado por mí en julio, antes de que todo esto empezase. Un amigo me dijo que se había bajado a Granada, con su familia. Me tranquilicé. No estaba solo. Cuando regresé mi padre me dio la noticia: "Han matado a tu amigo el poeta". Mi hermana María lloraba sentada en una silla. ¿Qué? Han matado a Federico, han fusilado a Federico. Mentira. ¿Por qué iban a matarlo? ¿Por qué iba a alguien querer matar a Federico? ¿Qué ha hecho él? ¿qué os hizo él? Salí de casa y me puse a correr. Hasta la Gran Vía. Llegué a casa de unas amistades. "Mi padre se ha vuelto loco. Dicen que han matado a Federico". Y se callaron. No sé qué hice luego. Me encontró Modesto en el café de Correos. Resolviendo problemas, ecuaciones en una servilleta. Cosas de la

Escuela de Minas. “Rafael, tienes que volver a casa” me dijo. ¿Volver a casa? ¿Qué casa? El mundo se había deshecho bajo mis pies y me parecía que todo flotaba en el aire. No pude despedirme. Pensé que como siempre nos acabaríamos encontrando y yo/ ahora tengo que salvar esos documentos. Al menos eso debo hacerlo

SEBASTIÁN.- Está bien, tranquilízate. Lo intentaré. Dime el nombre.

RAFAEL.- Federico/

SEBASTIÁN.- No, ¿por quién debo preguntar?

RAFAEL.- En mi casa. Rosalía de Castro, 25. Ésa es la dirección. Dile a mis padres o a mi hermana que te digan dónde está Modesto Higuera. Si no lo encuentras o si lo han matado pregunta por Martínez Nadal.

SEBASTIÁN.- Lo intentaré. Sólo he dicho que lo intentaré. No te prometo nada.

Se escuchan golpes y gritos. Y, débilmente, el sonido de la aguja sobre el surco.

RAFAEL.- ¿Cómo?

SEBASTIÁN.- Los primeros.

RAFAEL.- ¿Qué primeros?

SEBASTIÁN.- Lo siento.

RAFAEL.- No puede ser.

SEBASTIÁN.- Rosalía de Castro, 25.

RAFAEL.- No ha amanecido.

SEBASTIÁN.- No, aún no.

RAFAEL.- ¿Por qué nos matan si no ha amanecido?

La luz descende. Se escuchan aplausos. Alguien que pide silencio y otro que grita "Federico". Y poco a poco una voz se va abriendo paso entre los aplausos.

VOZ.- A través de mi vida, si vivo, espero, queridos actores, que os encontréis conmigo y yo con vosotros. Siempre me hallaréis con el mismo encendido amor al teatro y con la moral artística del ansia de una obra y una escena cada vez mejor. Espero luchar para seguir conservando la independencia que me salva; y para calumnias, horrores y sambenitos que empiezan a colgar sobre mi cuerpo, tengo una lluvia de risas de campesino para mi uso particular. (SEBASTIÁN le acerca el uniforme a RAFAEL. Éste, a duras penas y con ayuda del muchacho, logra ponérselo.) No quiero daros una lección, porque me encuentro en condiciones de recibirlas. Mis palabras las dicta el entusiasmo y la seguridad. No soy un iluso. He pensado mucho —y con frialdad— lo que pienso y, como buen andaluz, tengo el secreto de la frialdad porque tengo sangre antigua. Yo sé que la verdad no la tiene el que dice "hoy, hoy, hoy" comiendo su pan junto a la lumbre, sino el que serenamente mira a lo lejos la primera luz en la alborada del campo. Yo sé que no tiene razón el que dice "Ahora mismo, ahora, ahora" con los ojos puestos en las pequeñas fauces de la taquilla sino el que dice "Mañana,

Mañana” y siente llegar la nueva vida que se cierne sobre el mundo.

Oscuro.

VII

El tren y la mujer que llena el cielo

Veo la palabra “amor”
desmoronada.

“La sombra de mi alma”, *Libro de poemas*

SEBASTIÁN, en la silla, reza en silencio, acariciando la cruz que lleva al cuello. Fuera el sonido del mar y la luz del amanecer que se cuele por la ventana.

RAFAEL.- Para, por favor.

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- Deja de manosear esa cruz, deja de rezar.

SEBASTIÁN.- Ya ha amanecido.

RAFAEL.- ¿Por quién rezas?

SEBASTIÁN.- Por todos nosotros. ¿Qué importa?

RAFAEL.- ¿Quién te ha dado derecho a rezar por mí?
¿Quién te ha dado a ti el derecho de de ocuparte de mi alma?

SEBASTIÁN.- No has querido escuchar al confesor.

RAFAEL.- No, no he querido escuchar al confesor.

SEBASTIÁN.- Te hubiera ayudado.

RAFAEL.- ¿A qué?

SEBASTIÁN.- A estar en paz.

RAFAEL.- ¿Con quién?

SEBASTIÁN.- Con tus asuntos.

RAFAEL.- Tiene bastante gracia.

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- Que venga un cura a intentar salvar mi alma después de abrazar con cariño a mis asesinos. Que entre con una Biblia en la mano y me hable de perdón y de la salvación y de limpiar mis pecados antes de dejarme sólo delante del pelotón de fusilamiento.

SEBASTIÁN.- ¿Qué puede hacer? Es sólo un cura.

RAFAEL.- Escupirme a la cara. Eso debería hacer. Y luego bendecir cada una de las balas que van a reventarme y dar gracias a Dios porque mi cuerpo caiga sin vida en el suelo y mi espíritu vaya derecho a la condenación y al sufrimiento eternos. Eso tendría un sentido. Todo el sentido. Dime si no por qué no suplica por mi perdón, por qué no se pone delante de las balas como dicen que aquel se puso delante de las piedras.

SEBASTIÁN.- Sólo intentaba/

RAFAEL.- Que pida perdón antes de morir, que le suplique consuelo antes de enviarme la muerte y puedan apuntar otro nombre a su lista de arrepentidos. Eso quería el confesor. Por eso le escupí y por eso él sonrió cuando

do me golpearon. Pues yo lo maldigo y maldigo a su Dios y maldigo a todos los que llenan el corazón de los hombres de miedo y de quimeras en vez de empujarles a luchar por la justicia y la alegría. ¿Te enteras?

Silencio

RAFAEL.- Lo siento.

SEBASTIÁN.- No.

RAFAEL.- ¿Qué?

SEBASTIÁN.- No me pidas perdón.

RAFAEL.- ¿Tú crees en Dios?

SEBASTIÁN.- No sé.

RAFAEL.- ¿Qué ha hecho Dios por nosotros?

SEBASTIÁN.- Me ayuda pensar en él.

RAFAEL.- ¿Te ayuda?

SEBASTIÁN.- Sí, a perdonarme.

RAFAEL.- ¿Qué tienes tú que perdonarte? Antes de esto, ¿qué podías haber hecho para tener que perdonarte?

SEBASTIÁN.- No lo sé.

RAFAEL.- Yo quiero que tú me perdones.

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- Yo quiero que tú me perdones.

SEBASTIÁN.- ¿Qué dices?

RAFAEL.- Hablas de pecados/

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- Yo quiero que tú sepas mi pecado.

SEBASTIÁN.- Cálmate.

RAFAEL.- No quiero morir con este secreto en el corazón.

SEBASTIÁN.- No puedo hacer eso.

RAFAEL.- Yo no creo en Dios. Así que te pido que me escuches y luego me condenes o me absueles.

SEBASTIÁN.- Rafael /

RAFAEL.- Yo lo dejé solo.

SEBASTIÁN.- ¿A quién?

RAFAEL.- A Federico.

SEBASTIÁN.- ¿A tu amigo el poeta?

RAFAEL.- Lo dejé solo. Me fui.

SEBASTIÁN.- ¿Y?

RAFAEL.- Tal vez si yo me hubiera quedado en Madrid.

SEBASTIÁN.- ¿Si te hubieras quedado qué?

RAFAEL.- Quizá él no se hubiera ido en Granada.

SEBASTIÁN.- Yo también me hago esa pregunta. Si no le hubiera dicho a mi madre que bajáramos a recibir los aviones, si no hubiera estado ella allí, feliz, viéndome tocar ese estúpido pasodoble. Pero en la guerra, ¿quién sabe? Las cosas suceden y/

RAFAEL.- No lo entiendes.

SEBASTIÁN.- ¿Por qué no voy a entenderlo? Deja de juzgarme.

RAFAEL.- Lo dejé solo. Mis padres me dijeron que llamó tres veces desde Granada.

SEBASTIÁN.- Pero sus otros amigos/

RAFAEL.- No.

SEBASTIÁN.- ¿No qué?

RAFAEL.- Yo no era su amigo.

SEBASTIÁN.- ¿Cómo?

RAFAEL.- Esos papeles, ¿sabes de qué hablan esos papeles?

SEBASTIÁN.- Ya me lo dijiste.

RAFAEL.- Nuestras cartas.

SEBASTIÁN.- ¿Y?

RAFAEL.- Yo no podía.

SEBASTIÁN.- ¿El qué?

RAFAEL.- Aguantar a su lado. La gente empezaba a hablar. Del chico que acompañaba a Lorca. Y yo... yo mismo no sabía sí/

SEBASTIÁN.- Será mejor que no/

RAFAEL.- No podía resistirlo. Yo me entregué, es cierto. Durante años. Le entregué todo lo que era. También mi cuerpo. Porque lo amé. Es ridículo así dicho. Lo amé. Era la primera vez que me ocurría. Hasta entonces yo

había deseado el cuerpo de las mujeres. Pero Federico... bastaba que se acercara y sonriera. Eso fue suficiente. La primera vez que me habló sentí como si me hubieran emborrachado, que mis músculos se quedaban sin fuerza y que no podía moverme de ese rincón. Hasta que nos despedimos. Llegué a casa y vomité. Le pegué un golpe a la pared y el dolor en la muñeca me alivió de aquel sufrimiento. Pensé que me había vuelto loco, que me había confundido. Me sonreía en los ensayos y yo trataba de apartar la mirada y me concentraba mentalmente en los ejercicios de la Universidad. A la semana recibí una nota para que nos encontráramos a solas. Y lo hice. Sí, ¿cómo iba a decirle que no? Si tú lo hubieras conocido, si tú hubieras compartido unos minutos con Federico podrías entenderlo. Me abrazó y me dio un beso. Era la primera vez que besaba a otro hombre. Sentí un amargor en la boca pero no le aparté. Y luego no sé cómo, no me di cuenta. Tenía ganas de Federico, ansiedad de Federico, necesidad de Federico. Llegaron los viajes con el grupo y yo sentía que cada minuto con él ensanchaba mi alma. Le escuchaba hablar y me hacía pequeño, me hacía invisible. Hasta que llegaba la noche y nos abandonábamos a eso. Y me da vergüenza, me da vergüenza pero llegó a gustarme. (SEBASTIÁN, *aturdido, se ha acercado a la puerta.*) Cuando se fue a Argentina pensé que iba a enloquecer. Habíamos pasado los últimos meses apenas sin separarnos un instante. Yo siempre acompañándolo, “el amigo de Federico”, “Rapún, el chico que acompaña a Federico”. Me desesperaba escribiéndole. Intentaba que mis cartas no fueran ridículas al lado de las de él.

Hasta que no lo aguanté. La gente empezaba a hablar y a él parecía importarle cada vez menos. No pensaba en mis padres, no pensaba en que yo / así que intentaba olvidarlo, volvía a las mujeres y me entregaba a sus cuerpos pero luego tenía que regresar siempre a él. Pero no lo soporté. Yo no quería llevar esa vida, no quería convertirme en una sombra al lado de Federico y que todo el mundo hablara de mí por eso, sólo por eso. Veía cómo me saludaban cordialmente pero cuando los dejaba atrás se sonreían y murmuraban. Y esa palabra, “maricón”, retumbaba en mi cabeza. Así que decidí marcharme, irme de Madrid sin cruzar una palabra. Ya decían que los militares podrían estar preparando un golpe. Me preguntaba angustiado y yo le tranquilizaba. “Federico, ahora tampoco”, porque una vez un tiro perdido golpeó en la fachada de su casa y me llamó llorando y diciendo que iba a morir tiroteado, que España se iba a llenar de muertos: “Federico, no vas a morir de un disparo.”. Así que cuando hablaba de una guerra le decía “ahora tampoco, ahora tampoco”. Pero lo dejé. Lo dejé y lo mataron. ¿Puedes perdonarme eso? ¿Puede alguien perdonarme eso? ¿Cómo he podido seguir viviendo después de eso? Si al menos me hubiera despedido, si al menos me hubiera atrevido a decirle que yo, que yo de algún, nunca podría (*Busca en el uniforme.*) Mira.

SEBASTIÁN.- ¿Qué es eso? ¿Y esa chica en Valencia? ¿Era otra mentira? Déjame. No quiero saber nada. No después de /

RAFAEL.- Escucha.

SEBASTIÁN.- No quiero oírte una palabra más. (*Le apunta.*)
Es tu problema, tu maldito problema. Si lo hiciste, si
accediste a que ese hombre te /

RAFAEL.- ¿Qué podía hacer? (*Empieza él a leerlo.*) “Tú nunca
entenderás lo que te quiero porque duermes en mí
y estás dormido. Yo te oculto, llorando, perseguido por
una voz de penetrante acero. Norma que agita igual
carne o lucero”

SEBASTIÁN.- Deja de leer eso. Cállate. Cállate. No quiero
oírte una palabra más. Te dije que iba a ayudarte, que
iba a hablar con tu hermana y no era suficiente. Y luego
llenas la cabeza con toda esas ideas y yo/

RAFAEL.- “Traspasa ya mi pecho dolorido y las turbias pa-
labras han mordido las alas de tu espíritu severo. Gru-
po de gente salta en los jardines esperando tu cuerpo
y mi agonía en caballos de luz y verdes crines. Pero si-
gue, durmiendo, vida mía, oye mi sangre rota en los
violines. /

SEBASTIÁN.- ¡Que te calles, joder, que te calles! (*Le vuelve a
apuntar.*)

RAFAEL.- “Mira que nos acechan todavía”.

SEBASTIÁN.- (*Le arrebató el papel.*) Dame eso.

RAFAEL.- No dejo de escuchar su voz “esperando tu cuer-
po y mi agonía, tu cuerpo y mi agonía”.

SEBASTIÁN.- Basta. No puedo ayudarte. No entiendo nada
de eso. No sé nada de ti ni de tu amigo ni de esos li-
bros ni me importa lo que hicierais los dos.

RAFAEL.- Todo el mundo me decía “Federico está sufriendo por ti”, “Federico lo está pasando mal”. “Federico, Federico, Federico” y cada día yo me hacía más pequeño, sentía que me iba a deshacer. Mis padres me preguntaban qué hacía, dónde paraba. Intentaba convencerles de que yo no era lo que temían. Iba con una muchacha, con otra, para que la gente me viera. Y me gustaba estar con ellas. Pero siempre volvía Federico, al final siempre estaba Federico. Echaba de menos su compañía. Sentía que me quedaba como sin aire cuando pasaba una semana y lo veía. ¿Cómo se llama eso? Pero no lo aguantaba. ¿Cuánto tiempo podíamos seguir así? Ocul-tándonos, mintiendo a todo el mundo. Y yo... yo no me acostumbra a la idea de / quería casarme, tener un hijo, estar tranquilo, una vida tranquila, sí. Aunque para eso tuviera que renunciar a todo. Y lo dejé sólo. Me fui, sin despedirme. Si al menos le hubiera dicho que en cierto modo lo amaba y que eso nunca iba a cambiar. Pero me fui sin decirle nada. Y lo mataron, lo asesinaron dos meses después. Si yo hubiera estado con él, si no me hubiera ido de Madrid ahora Federico /

SEBASTIÁN.- Eso no puedes saberlo.

RAFAEL.- Nunca hubiera tomado ese tren para Granada. ¿Quién puede perdonarme eso? ¿Qué maldito cura puede perdonarme lo que hice?

SEBASTIÁN.- Es suficiente. Tú no lo mataste. Toma. (*Le devuelve la cuartilla.*) Tiene que estar contigo.

RAFAEL.- Cada noche antes de cerrar los ojos pienso que debería ser yo el que /

SEBASTIÁN.- ¿Por qué me lo has contado? ¿Por qué me lo has contado si ya te había dicho que me encargaría de esos papeles?

RAFAEL.- Porque no quiero morir con ese secreto pesándome en el corazón. Y porque necesito que tú, al menos, que tú sepas quién fui y lo que hice. Prométeme que buscarás a Modesto, prométeme que no se perderán esos papeles.

SEBASTIÁN.- Pero /

RAFAEL.- Prométemelo.

SEBASTIÁN.- Tienes que acabar de vestirte.

RAFAEL.- Tengo fe en ti, Sebastián.

Se ha acercado a SEBASTIÁN. En un descuido, éste intenta arrebatarse el arma.

SEBASTIÁN.- ¿Qué haces?

RAFAEL.- Hazlo tú, te lo ruego. Dispárame ahora. No quiero esperar más. No quiero que me vean llorar. No quiero salir y que me vean temblar. No quiero que sepan que estoy muerto de miedo. No quiero que me vean suplicarles. A ellos. A ellos. Diles que intenté golpearte. Hazlo ahora. Por favor, Sebastián. Acaba ya, antes de que amanezca. Ahora que sé que vas a ayudarme, puedo irme.

SEBASTIÁN.- Cálmate, mierda, cálmate.

RAFAEL.- Hazlo.

LA PIEDRA OSCURA

SEBASTIÁN.- No llores. Voy a hacerlo. Te prometo que voy a recuperar esos papeles pero cálmate.

Suenan golpes en las puertas cercanas y...

VIII

Perros de plomo

Y el mar dejó de moverse.

“Asesinato”, *Poeta en Nueva York*

Los golpes en el pasillo. Cada vez más cercanos. La luz del amanecer parece haber difuminado los límites de la habitación. Y en pie parece quedar una sola pared a la que la luz no alcanza. Una pared oscura que se recorta en el aire “con árboles de lágrimas, con cintas y planetas”. De nuevo el mar, golpeando cerca. Una llamada y una voz en la puerta: ¡afuera!

RAFAEL.- *(Se levanta.)* Ha llegado el momento. ¿Estarás tú?

SEBASTIÁN.- ¿Dónde? *(Le da un cigarrillo, que tiembla en su mano)* Toma.

RAFAEL.- En el pelotón, ¿estarás tú?

SEBASTIÁN.- Yo no he matado a nadie. Yo nunca he matado a nadie. Yo no quiero matar a nadie. ¿Por qué ahora?

RAFAEL.- ¿Ahora?

SEBASTIÁN.- ¿Por qué me preguntas eso ahora?

RAFAEL.- Quería saber si tú/

SEBASTIÁN.- ¿Crees que podría hacerlo? ¿Crees que podría dispararte? ¿Salir ahí fuera y dispararte?

RAFAEL.- / podrías estar conmigo. (*Silencio.*) Si te lo piden, hazlo. Si sospechan que hemos hablado, hazlo. No lo dudes ni un segundo. Ya sabes cómo terminan los que se niegan.

SEBASTIÁN.- Si yo pudiera hacer algo/

RAFAEL.- Es mucho ya. Tienes que recordar los nombres y direcciones que te he dicho. ¿Los recuerdas, verdad?

SEBASTIÁN.- Sí.

RAFAEL.- Gracias.

SEBASTIÁN.- No.

RAFAEL.- ¿No?

SEBASTIÁN.- No me des las gracias, no me des las malditas gracias.

RAFAEL.- Hay que estar tranquilo, muchacho.

SEBASTIÁN.- No, no.

RAFAEL.- Y aceptar las cosas como vienen.

SEBASTIÁN.- No, maldita sea. ¿Por qué?

RAFAEL.- Dile a mi padre que me trataron bien y que estuve sereno hasta el final. Y a mi hermano Tomás que siga estudiando, que no sea tan distraído como yo, y que siento mucho no haber pasado más tiempo con él. ¿Te acordarás?

SEBASTIÁN.- Sí, sí.

RAFAEL.- Y a mi hermana que no haga caso a papá y entre y salga lo que quiera. Que se eche un novio bueno para que le acompañe a las verbenas y a las cervecerías, como cuando íbamos juntos. Y a mi madre/ que no se apene y que me recuerde con alegría. Como yo lo hago ahora.

SEBASTIÁN.- No sé cómo podré presentarme allí y decirles que yo/

RAFAEL.- Ellos lo entenderán. Diles que he sido feliz. Que no desperdicié la vida. Que fui y me dejé llevar. Que sentí la alegría de conocer cosas que están reservadas para muy pocos.

SEBASTIÁN.- Sí, lo haré, lo haré. (*Le da la cruz.*) Por favor, no la rechaces.

RAFAEL.- No estés así, muchacho. (*Toma la cruz y se la pone al cuello.*) Esto terminará pronto. Ya lo verás.

SEBASTIÁN.- ¿Cómo lo voy a hacer? Otra vez yo solo.

RAFAEL.- Hay que confiar y ser fuerte. Eso tienes que hacer, Sebastián. Confiar y ser fuerte y mirar adelante. Como el hombre que eres. La guerra va a terminar pronto, muy pronto. Tienes que confiar en mí. Los culpables pagarán por esto, por cada lágrima y por cada muerto.

SEBASTIÁN.- ¿Y si no es así?

RAFAEL.- Pagarán por cada lágrima y por cada muerto, te lo aseguro.

SEBASTIÁN.- ¿Yo también?

RAFAEL.- ¿Tú? ¿Cuántos años tienes?

SEBASTIÁN.- Voy a cumplir dieciocho.

RAFAEL.- Los que te han obligado a estar aquí. Esos pagarán. Y les perseguirá la vergüenza hasta el último de sus días. No podrán levantar la cabeza sin que un dedo les señale “éste enterró a tres inocentes en una cuneta”, “éste sonrió en la tapia en la que fusilaban”. “Estos mataron a Federico, estos mataron a Federico”. Y tendrán encima miles y miles de ojos recordándoles cada segundo la sangre derramada. Y cuando entierren a Federico, cuando lo saquen de ese agujero y descansen en un cementerio, cuando por fin ocurra eso, esta tierra tendrá un futuro. No estés así. Tienes que mantener la cabeza fría. Espera a que las cosas se calmen y viaja a Madrid. Dile a Modesto que estuvo en mis últimos pensamientos y que le confío todo lo que hay en el apartamento. Y que hay que publicarlo aunque haya que esperar un siglo. Cuando nuestra pequeñez haya desaparecido y nuestra vergüenza y nuestra miseria. ¿Lo harás?

SEBASTIÁN.- Sí.

RAFAEL.- Mírame.

SEBASTIÁN.- ¿Qué?

RAFAEL.- No bajas la cabeza. Esto terminará. Ven, dame la mano. Tuve tanto miedo, Sebastián, tanto miedo. Pero te encontré. (*Lo abraza.*) Ahora alguien sabe quién fui.

Suenan los golpes ya en la puerta. Se abre.

RAFAEL.- No voy a desaparecer del todo, ¿verdad? (*SEBASTIÁN asiente con la cabeza.*) Nadie puede desaparecer del todo, ¿verdad?

Parece que SEBASTIÁN va a decir algo. Entonces la luz del amanecer inunda la habitación hasta hacerla desaparecer. Afuera retumba el mar. Y oscuro final.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA